

INTRODUCCIÓN

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier

Muy lejos de ser escritores, fundadores de un lugar propio, herederos de los labradores de antaño pero en el terreno del lenguaje, cavadores de pozos y constructores de casas, los lectores son viajeros; circulan por tierras ajenas, nómadas dedicados a la caza furtiva en campos que no han escrito, arrebatando los bienes de Egipto para gozar de ellos. La escritura acumula, almacena, resiste al tiempo mediante el establecimiento de un lugar y multiplica su producción por el expansionismo de la reproducción. La lectura no se garantiza contra el desgaste del tiempo (se olvida y se la olvida), no conserva la experiencia lograda (o lo hace mal), y cada uno de los lugares por donde pasa es una repetición del paraíso perdido ¹.

Este texto de Michel de Certeau establece una distinción fundamental entre la huella escrita, sea cual fuere, fijada, duradera, conservadora, y sus lecturas, siempre en el orden de lo efímero, de lo plural, de la invención. De ese modo sirve para definir el proyecto del presente libro, escrito a varias manos, que descansa en dos ideas esenciales. La primera es que la lectura no está previamente inscrita en el texto, sin distancia pensable entre el sentido asignado a este último (por su autor, su editor, la crítica, la tradición, etc.) y el uso o la interpretación que cabe hacer por parte de sus lectores. La segunda reconoce que un texto no existe más que porque existe un lector para conferirle significado:

Ya se trate del periódico o de Proust, el texto no cobra significado más que a través de sus lectores; con ellos cambia, y se ordena con arreglo a unos códigos de percepción que se le van de las manos. No se convierte

en texto más que en su relación con la exterioridad del lector, mediante un juego de implicaciones y de astucias entre dos clases de «espera» combinadas: la que organiza un espacio *legible* (una literalidad) y la que organiza una trayectoria necesaria a la *efectuación* de la obra (una lectura)².

La tarea de los historiadores que han contribuido a la presente obra ha sido reconstruir, en sus diferencias y sus singularidades, las diversas maneras de leer que desde la Antigüedad clásica han caracterizado a las sociedades occidentales.

El llevar a buen puerto semejante indagación supone prestar una minuciosa atención a la manera en que se lleva a cabo el encuentro entre «el mundo del texto» y «el mundo del lector», términos que tomamos de Paul Ricoeur³. Reconstruir en sus dimensiones históricas ese proceso exige, ante todo, tener en cuenta que sus respectivos significados dependen de las formas y las circunstancias a través de las cuales sus lectores (o sus oyentes) los reciben y se los apropian. Estos últimos no se enfrentan nunca a textos abstractos, ideales, desprovistos de toda materialidad: manejan objetos, escuchan palabras cuyas modalidades gobiernan la lectura (o la escucha) y, al hacerlo, dan la clave de la posible comprensión del texto. Contra una definición puramente semántica del texto —presente no sólo en la crítica estructuralista, en todas sus variantes, sino también en las teorías literarias más afanosas de reconstruir la recepción de las obras—, conviene tener en cuenta que las formas producen sentido y que un texto está revestido de un significado y un estatuto inéditos cuando cambian los soportes que le proponen a la lectura. Toda historia de las prácticas de lectura es, pues, necesariamente una historia de los objetos escritos y de las palabras lectoras.

Conviene asimismo tener en cuenta que la lectura es siempre una práctica encarnada en ciertos gestos, espacios y hábitos. Con el distanciamiento de un enfoque fenomenológico que borra las modalidades concretas de la lectura, considerada como una invariante antropológica, es preciso identificar las disposiciones específicas que sirven para diferenciar las comunidades de lectores, las tradiciones de lectura y los modos de leer.

La trayectoria da por supuesto el reconocimiento de varias series de contrastes. En primer lugar, contrastes entre competencias de lectura. El abismo, esencial pero tosco, entre lectores cultos y analfabetos, no agota las diferencias en la relación con lo escrito. Todos quienes pueden leer los textos no los leen de la misma manera y, en cada época,

grande es la diferencia entre los doctos bien dotados y los más torpes de los lectores. Contrastes, finalmente, entre unas normas y unas convenciones de lectura que, en cada comunidad de lectores, definen unos usos legítimos del libro, unos modos de leer, unos instrumentos y unos procedimientos de interpretación. Y contrastes, por último, entre las esperanzas y los intereses tan variados que los diversos grupos de lectores ponen en la práctica de leer. De esas determinaciones, que gobiernan las prácticas, dependen las maneras en que pueden ser leídos los textos, y leídos de modo diferente por lectores que no comparten las mismas técnicas intelectuales, que no mantienen una relación semejante con lo escrito, que no otorgan ni el mismo significado ni el mismo valor a un gesto aparentemente idéntico: leer un texto.

Por consiguiente, una historia de largo alcance de las lecturas y los lectores ha de ser la de la historicidad de los modos de utilización, de comprensión y de apropiación de los textos. Considera al «mundo del texto» como un mundo de objetos, formas y ritos cuyas convenciones y disposiciones sirven de soporte y obligan a la construcción del sentido. Por otro lado, considera asimismo que el «mundo del lector» está constituido por «comunidades de interpretación» (según la expresión de Stanley Fish⁴), a las que pertenecen los lectores/as singulares. Cada una de esas comunidades comparte, en su relación con lo escrito, un mismo conjunto de competencias, usos, códigos e intereses. Por ello, en todo este libro se verá una doble atención: a la materialidad de los textos y a la práctica de sus lectores.

«Los nuevos lectores contribuyen a elaborar nuevos textos, y sus nuevos significados están en función de sus nuevas formas»⁵. De ese modo designa D. F. McKenzie con sobrada agudeza el doble conjunto de variaciones —las de las formas de lo escrito y las de la identidad de los públicos— que ha de tener en cuenta toda historia deseosa de restituir el significado movedizo y plural de los textos. En la presente obra hemos sacado provecho de la constatación de diferentes maneras: descubriendo los principales contrastes que, a la larga, oponen entre sí a las diferentes maneras de leer; caracterizando en sus diferencias las prácticas de las diversas comunidades de lectores dentro de una misma sociedad; prestando atención a las transformaciones de las formas y los códigos que modifican, a la vez, el estatuto y el público de los diferentes géneros de textos.

Semejante perspectiva, si bien está claramente inscrita en la tradición de la historia del libro, tiende, sin embargo, a desplazar sus cues-

tiones y sus trayectorias. En efecto, la historia del libro se ha dado como objeto la medida de la desigual presencia del libro en los diferentes grupos que integran una sociedad. De lo cual se infiere, en consecuencia, la construcción totalmente necesaria de indicadores aptos para revelar las distancias culturales: por ejemplo, para un lugar y un tiempo dados, la desigual posesión del libro, la jerarquía de las bibliotecas en función del número de obras que contienen o la caracterización temática de los conjuntos a tenor de la parte que en ellas ocupan las diferentes categorías bibliográficas. Desde ese enfoque, reconocer las lecturas equivale, ante todo, a constituir series, establecer umbrales y construir estadísticas. El propósito, en definitiva, consiste en localizar las traducciones culturales de las diferencias sociales.

Esa trayectoria ha acumulado un saber sin el que hubieran resultado impensables otras indagaciones, y este libro, imposible. Sin embargo, no es suficiente para escribir una historia de las prácticas de lectura. Ante todo, postula de modo implícito que las grandes diferencias culturales están necesariamente organizadas con arreglo a un desglose social previo. Debido a ello, relaciona las diferencias en las prácticas con ciertas oposiciones sociales construidas a priori, ya sea a la escala de contrastes macroscópicos (entre las élites y el pueblo), ya sea a la escala de diferenciaciones menores (por ejemplo, entre grupos sociales, jerarquizados por distinciones de condición o de oficio y por niveles económicos).

Y lo cierto es que las diferenciaciones sociales no se jerarquizan con arreglo a una rejilla única de desglose de lo social, que supuestamente gobierna tanto la desigual presencia de los objetos como la diversidad de las prácticas. Ha de invertirse la perspectiva y localizar los círculos o comunidades que comparten una misma relación con lo escrito. El partir así de la circulación de los objetos y de la identidad de las prácticas, y no de las clases o los grupos, conduce a reconocer la multiplicidad de los principios de diferenciación que pueden dar razón de las diferencias culturales: por ejemplo, la pertenencia a un género o a una generación, las adhesiones religiosas, las solidaridades comunitarias, las tradiciones educativas o corporativas, etc.

Para cada una de las «comunidades de interpretación» así identificadas, la relación con lo escrito se efectúa a través de las técnicas, los gestos y los modos de ser. La lectura no es solamente una operación intelectual abstracta: es una puesta a prueba del cuerpo, la inscripción en un espacio, la relación consigo mismo o con los demás. Por ello, en el

presente libro, se ha prestado una atención muy particular a las maneras de leer que han desaparecido o que, por lo menos, han quedado marginadas en el mundo contemporáneo. Por ejemplo, la lectura en alta voz, en su doble función de comunicar lo escrito a quienes no lo saben descifrar, pero asimismo de fomentar ciertas formas de sociabilidad que son otras tantas figuras de lo privado, la intimidad familiar, la convivencia mundana, la connivencia entre cultos. Una historia de la lectura no tiene que limitarse únicamente a la genealogía de nuestra manera contemporánea de leer, en silencio y con los ojos. Implica igualmente, y quizá sobre todo, la tarea de recobrar los gestos olvidados, los hábitos desaparecidos. El reto es considerable, ya que revela no sólo la distante rareza de prácticas antiguamente comunes, sino también el estatuto primero y específico de textos que fueron compuestos para lecturas que ya no son las de sus lectores de hoy. En el mundo clásico, en la Edad Media, y hasta los siglos XVI y XVII, la lectura implícita, pero efectiva, de numerosos textos es una oralización, y sus «lectores» son los oyentes de una voz lectora. Al estar esa lectura dirigida al oído tanto como a la vista, el texto juega con formas y fórmulas aptas para someter lo escrito a las exigencias propias del «lucimiento» oral.

Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no se escriben en absoluto. Los manufacturan los escribas y demás artesanos, los mecánicos y demás ingenieros, y por las prensas de imprimir y demás máquinas⁶.

Contra la representación elaborada por la propia literatura y recogida por la más cuantitativa de las historias del libro, según la cual el texto existe en sí, separado de toda materialidad, cabe recordar que no hay texto alguno fuera del soporte que permite leerlo (o escucharlo). Los autores no escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos escritos —manuscritos, grabados, impresos y, hoy, informatizados— manejados de diversa manera por unos lectores de carne y hueso cuyas maneras de leer varían con arreglo a los tiempos, los lugares y los ámbitos.

Ha sido ese proceso, olvidado con harta frecuencia, el que hemos puesto en el centro de la presente obra, que pretende localizar, dentro de cada una de las secuencias cronológicas escogidas, las mutaciones fundamentales que han ido transformando en el mundo occidental las prácticas de lectura y, más allá, sus relaciones con lo escrito. A ello se

debe la organización a la vez cronológica y temática de nuestro volumen, articulado en trece capítulos que nos llevan desde la invención de la lectura silenciosa en la Grecia clásica hasta las prácticas nuevas, permitidas y a la vez impuestas por la revolución electrónica de nuestro presente.

EL MUNDO GRIEGO Y HELENÍSTICO: LA DIVERSIDAD DE LAS PRÁCTICAS

«Todo logos, una vez escrito, circula (*kulindeitai*) por doquier, tanto entre quienes lo entienden como entre quienes nada tienen que hacer, y no sabe a quién debe hablar y a quién no». Esta reflexión, puesta por Platón en boca de Sócrates en el *Fedro*, gira toda ella en torno al verbo *kulindo*, «circular», el cual viene eficazmente a significar el libro en forma de rollo que, en su itinerario hacia los lectores, «circula» metafóricamente en todas direcciones, mientras que «hablar», *legein*, sólo puede referirse a la lectura oral, en alta voz (que por ende será mejor denominar en lo sucesivo con la expresión «lectura vocal»). Continúa Platón diciendo que «si el logos escrito es ofendido (*plemmeloumenos*) o es injustamente atacado, siempre tiene necesidad de la ayuda del padre; de hecho, él no es capaz de repeler un ataque o de defenderse por sí mismo» (*Fedro*, 275d 4 y 5); frase en la que el uso del verbo *plemmeleo*, literalmente «desafinar en la ejecución musical», ensombrece a su vez una lectura en la cual la interpretación vocal, donde «desafinar» vale decir que no está en consonancia con la intención del autor, puede desfigurar el discurso escrito y, por consiguiente, ofenderlo.

Este pasaje de Platón suscita asimismo, de manera directa o indirecta, otras cuestiones fundamentales para la historia de la lectura en el mundo clásico. Cabe reflexionar, ante todo, sobre la relación entre los sistemas de comunicación en términos no sólo de oralidad/escritura, sino dentro de la propia oralidad, que se sitúa de manera diversa según se exprese como discurso meramente hablado o como exposición vocal de un escrito por un individuo lector. El discurso hablado —entendido por Platón como «discurso de verdad», útil al proceso cognitivo— elige sus interlocutores, puede estudiar sus reacciones, esclarecer sus preguntas, responder a sus ataques. El discurso escrito, en cambio, es como una pintura: si se le formula una pregunta, no responde, y no hace sino repetirse a sí mismo hasta el infinito. Difundido en un soporte material, inerte, lo escrito no sabe a quién dirigirse que sea capaz de enten-

derlo, y a quién no debe hablar porque sea incapaz de recibirlo: en suma, no sabe quién, en su difusión incontrolada, le brindará el instrumento de la voz, que hará surgir de él un sentido mediante la lectura. Por consiguiente, toda lectura constituye una interpretación diversa del texto, directamente condicionada por el lector. En resumidas cuentas —no obstante las reservas de Platón— el libro goza de la libertad de «circular» en todas direcciones, y se presta a una lectura libre, a una libre interpretación y un libre uso del texto.

Esta novedad de un libro que transmite un logos escrito, destinado a la lectura, entraña otras implicaciones. Éste es el momento en el que pasa a restringirse la separación —que en Grecia se reconstruye desde el siglo VI hasta finales del V a.C.— entre una presencia escasa del libro y, por el contrario, una difusión más bien amplia de la alfabetización y las prácticas de lectura de inscripciones oficiales o hasta el nivel de las clases urbanas inferiores. Se trata de una separación que afecta, más en profundidad, a la función misma de la escritura en aquella época. La producción de escritos expuestos a la lectura pública y sobre todo los modos formales de exposición y las tipologías de mensaje de esos escritos constituyen uno de los aspectos calificantes de la democracia ateniense a partir de su institución (508-507 a.C.).

Si, como escribe Jesper Svenbro, la escritura se «pone al servicio de la cultura oral [...] para contribuir a la producción de sonido, de palabras eficaces, de gloria resonante», esa función tiene relación con la composición escrita en la fase de «auralidad» (publicación oral) de la producción textual griega: se trata sobre todo de épica o, en sentido más amplio, de obras en verso; y en esa categoría caben igualmente las inscripciones o microtextos inscritos en objetos. Pero la función de la escritura, y del libro en particular, fue asimismo otra: la de la conservación del texto. La Grecia clásica tuvo clara conciencia de que la escritura se había «inventado» para fijar los textos y, de ese modo, poder traerlos a la memoria: en la práctica, conservarlos. Seguros en ese sentido se evidencian los testimonios antiguos relativos a ejemplares de obras, poéticas o científico-filosóficas, dedicadas a los templos y en ellos conservadas, así como al uso de la *sphregis*, el «sello» del autor destinado a garantizar la autenticidad textual de la obra, que sólo se justifica, por ende, en la perspectiva de un libro destinado a conservar, más que a hacer que cobre resonancia el texto escrito (aunque no cabe excluir ciertas formas de lectura en alta voz, a ser posible por parte del propio autor).